

## El sentido del humor

Acabo de comprobar que el sentido del humor se ha esfumado en el mundo, por lo menos entre los cuerdos. Los artistas, no ya sólo los filósofos, son estremecedoramente serios. Los cuentachistes, especialistas en bostezos. Los atletas han olvidado la sonrisa del triunfo; hacen serios discursos aceptándolo. Los mimos gritan. Los satíricos sólo producen un almíbar empalagoso. Los niños, que como se sabe son más serios que los viejos, ahora lo son más. Y las mujeres, demasiado prácticas y «liberadas», son más rígidas que los marxistas de antes.

Los locos, en cambio, no están realmente en este mismo mundo, y por tanto su sentido del humor pertenece a una dimensión inaccesible para nosotros, la inmensa mayoría; pero ellos todavía lo tienen, son los únicos. Es esto lo que he descubierto durante el poco tiempo que, en calidad de siquiatra, llevo en este enorme manicomio. Me muero de la risa de todo lo que dicen, y hasta la seriedad –la de los locos, claro, no la de mis colegas– me parece cómica. Nunca, debo confesarlo, me había sentido tan contento en un trabajo, por lo que espero que las cosas sigan así, aunque no me explico por qué mis colegas me han comunicado que la administración no me permite tener ni un sólo día libre al año, ¡como si a mí me importara! ¡Como si quisiera alejarme un sólo momento de este encantador lugar, donde todavía existe el sentido del humor!

## La luz

Iba siempre en busca de una luz intensa. Viajó por el país, y luego por muchos otros, pero todos los paisajes lo decepcionaban. Siempre, donde le parecía haberla encontrado por fin, se imponía a su voluntad la idea obsesiva de que había una más límpida y penetrante, que revelaba en ciertos cuadros la esencia de los árboles y de las montañas, de las casas y de todas las cosas, y que sin duda hallaría en un lugar que aún no había visitado.

Después de mucho tiempo, cuando casi había agotado ciudades y desiertos, decepcionado, de nuevo en su ciudad de luz impura –al menos eso decía él–, un día como cualquier otro, aunque más apagado que lo usual, conoció a un oscuro colega, un paisajista que vivía sin que él lo supiera, no muy lejos de su casa.

Ese artista era –le había dicho el amigo por quien sabía de su existencia– muy distinto a él. Más que sedentario, era un recluso que se la pasaba encerrado en un cuarto de techos muy altos, en una casona que parecía abandonada, oscura y lóbrega. Rara vez salía a la calle. Jamás, que se supiera, había incursionado en las afueras de la ciudad, con la caja, los lienzos y el caballete, como debían hacer los paisajistas de verdad –como hacía él, lloviera o hiciera sol–, y tampoco había viajado.

«¿Cómo, si no observa la naturaleza puede pintar paisajes?», se preguntó. Era absurdo, imposible, o el hombre debía de ser uno de esos chapuceros con ínfulas de artista, de esos que copian con torpeza las tarjetas postales, como Hitler. Pero estaba aburrido, cansado de viajar y de ver, y sin nada que hacer. Para vencer su depresión, entonces, decidió visitar al extraño personaje.

En el cavernoso, gran estudio –si eso se podía llamar «estudio»–, casi en tinieblas –aunque era mediodía– había cuadros apilados por todas partes, decenas, tal vez más de quinientos –hizo la rápida cuenta–, en el piso, contra las paredes, en mesas, al pie y encima de tres grandes armarios, tal vez adentro. Pero todos estaban al revés, y las paredes desnudas. La débil luz de un bombillo que colgaba del centro del techo –muy alto, entre guirnaldas de flores de estuco descascaradas, revelaba que también el cuadro en el caballete estaba invertido.

Le pidió que se lo mostrara, o los que quisiera, y que abriera, por favor, una de las dos ventanas. El extraño hombre, menudo y medio jorobado, y hasta ese momento monosilábico, le dijo con hosca suavidad casi inaudible que si él pintaba en la penumbra lo más lógico era que sus cuadros se vieran en la penumbra. Además, añadió, no podía mostrarle su obra inconclusa, sólo la última que acababa de terminar. Muy rápidamente, retiró con delicadeza el cuadro en el que trabajaba –y que sin duda había puesto al revés al oír sus golpes en la puerta– tomó otro de una pila, le dio vuelta al cuadro y lo colocó, cuidando de que estuviera en el centro del caballete.

Fue el éxtasis, pero también la peor humillación de su vida. El paisaje que le mostró el hombre –hierba, árboles, un riachuelo, un pedazo de loma– estaba bañado por la luz que hacía tanto tiempo buscaba en vano.

Unas semanas después, tras el sigiloso trasteo, que no despertó la menor sospecha en el vecindario y que no dejó ni siquiera huella alguna de que el hombre fuera un pintor –tan completa fue la desocupación de la casa–, leyó la noticia en el periódico, muy escueta y en medio de una crónica judicial que cubría varios crímenes y accidentes. «Hombre no identificado, asesinado con arma cortopunzante, fue hallado en casa desierta en avanzado estado de descomposición», era todo lo que decía.

## En la orilla del río

El corazón humano es inescrutable. Lo he oído, y debe de ser cierto. El tiempo no se vive realmente. Ayer es hoy, hoy es mañana. La luna, esta noche, está llena a más no poder, enorme, radiante, luminosa. Espero poder cruzar el río mañana. Tiene que bajar. Nunca lo había visto tan ancho, casi no se ve la otra orilla. Pero hace dos días dejó de llover y ya hay pedazos de tierra seca a pocos pasos de la ribera. Al otro lado del río veo gente, puntitos negros, que se agrupan y esperan pasar, como nosotros, la gran corriente. Dije «nosotros», pero me acabo de dar cuenta de mi error. No hay nadie conmigo de este lado. He caminado siguiendo las aguas, las he remontado sin encontrar un solo hombre, una mujer, un niño. En cambio, he podido observar que la gente del otro lado es cada vez más numerosa a todo lo largo del río. He visto que algunos se han lanzado al agua y que a otros los ha arrasado en grandes racimos el incontenible torrente. El gentío hace un ruido constante y sordo que se confunde –y a veces apaga– con el estruendo de

las aguas. No sé qué hago aquí, y mucho menos por qué quiero ir hacia la otra orilla.

## El tecnoterrorista

Hacía varias semanas que vivía allí, en uno de los apartamentos con ventanas a la avenida de la Santísima Concepción. Era un hombre reservado, pero simpático. Nunca le dijo mayor cosa a nadie, pero la gente dedujo –por su casa llena de ordenadores– que debía de ser uno de esos imaginadores que producen sueños en los laboratorios de ideas. Era muy alto y gordo, y tenía cara de niño. Un vecino dijo después que lo había oído reírse solo, pues nadie nunca lo visitó, a altas horas de la noche. Parecía, dijo la mujer del minimercado, que sólo comía chocolates, pan y yogures de fruta.

Un hombre contó que lo había visto matar a un perro callejero. Difirió, pues, de la opinión general que lo calificaba como un excéntrico inofensivo, un científico elevado que vivía dentro de una esfera llena de signos y de números. Había sido amable con todo el mundo, y varias madres recibieron muy buenas opiniones de sus hijos, con quienes jugaba en el parque; era, pues, como un niño, inocente, tímido, ingenuo. Pero el disidente dijo haberlo visto solo, cuando ya el parque estaba casi desierto, y describió con considerable detalle la forma cómo atrajo al perrito, lo atrapó y lo ahorcó con lentitud. El hombre añadió que sólo un sádico desalmado podía llevar a cabo un acto de tanta crueldad. O un niño, opinó un vecino.

Nadie se dio cuenta del cruel comentario, y prevaleció la positiva visión general: era un niño grande bueno, uno de esos hombres, que nunca crecen; y todos atribuyeron al antipático informante la cruel muerte, imaginada o real, del perrito. Pero nadie, nadie, ni siquiera la policía, le atribuyó pues a esa alma de Dios el espantoso paro informático, seguido del apagón general y prolongado que había sumido a la ciudad en un caos nunca visto y que empezó justo cuando el Presidente –ahí, en la mismísima avenida de la Santísima Concepción, casi enfrente de la ventana del personaje y en la tarima desde donde observaba emocionado el brillante despliegue de las tropas en el desfile anual– perdió la vida, al parecer electrocutado –fue la opinión general– en forma increíble y nunca vista, se presume por su asistente digital personal o su teléfono celular, por los que al parecer pasó la corriente que lo achicharró cómodamente sentado; en ese momento pasaba la interminable infantería.

El cadáver del Primer Mandatario recibió un majestuoso entierro, por lo que se tuvo que repetir el desfile, sólo que esta vez al paso de solemnes y fúnebres marchas. Se supuso que el tímido vecino también había muerto en forma todavía más misteriosa, pues desapareció desde ese mismo día abandonando todas sus pertenencias, toda esa cantidad de aparatos de los que su vida parecía depender.